

**NORMALIZACIÓN DEL CUERPO
EN LOS *BUENOS GOBIERNOS*.
DE LAS PRÁCTICAS DISCIPLINARIAS EN EL ESTADO
AUTORITARIO A LA CONSTRUCCIÓN
DE LA DOCILIDAD EN EL ESTADO PROTECTOR
EN LA NARRATIVA DE SILVIA HOPENHAYN**

Giuseppe Gatti Riccardi

Università degli Studi Guglielmo Marconi, Via Plinio, 44, 00193 Roma, Italia
Universitatea de Vest, Bulevardul Vasile Pârvan 4, Timișoara 300223, Rumania
giuseppe_gatti@hotmail.com - g.gatti@unimarconi.it

Normalisation of the body in *good governments*.

From disciplinary practices in the authoritarian state to the construction of docility in the protective state in the narrative by Silvia Hopenhayn

Abstract: The analysis proposed in the following pages focuses on the novel *Ginebra*, published in 2018 by the Argentine writer Silvia Hopenhayn. The purpose lies in placing the work within the framework of the studies of the modalities of literary representation of the events of the recent history of the Southern Cone nations, in the thematic axis of the captive bodies. In particular, the approach to the text tries to verify the degree of application of Michel Foucault's reflections about the disciplinary methods of surveillance, control, and education of the body put in place by the institutions of power of modernity. The analysis seeks to transfer Foucault's observations related to the disciplinary practices of framing to certain modalities of subjection of the bodies that Hopenhayn raises in her novel. It will be shown how *Ginebra* is a text in which different motifs related to the body-power relationship are installed; they can be summarised in: a) the experience of the corporal subjection of the protagonist of the novel in her Argentine years, when the government's purpose is to defend society, giving rise to a process of nationalisation of war; b) the disciplinary practices of rigid state control - in the host country - aimed at guaranteeing "from above" the perfect social order, linked to the idea of well-being. The reading of *Ginebra* is suggested as a literary representation of: a) the progressive collapse of the subjective identity of the political migrant as an effect of the impossibility of communicating;

b) the existence of a form of biopolitical harassment also by the protective State, dedicated to building obedient individuals.

Keywords: contemporary Argentine narrative; Silvia Hopenhayn; *Ginebra*; Regulatory State; normalisation of individual existence

Resumen: El análisis que se propone en las páginas que siguen pretende analizar la novela *Ginebra*, publicada en 2018 por la escritora argentina Silvia Hopenhayn, estudiando la obra como muestra de representación literaria de los eventos de la historia reciente de las naciones conosureñas, en el eje temático de los cuerpos cautivos. En él se tratará de comprobar el grado de aplicación de las reflexiones que Michel Foucault de los años setenta y ochenta del siglo XX acerca de los métodos disciplinarios de vigilancia, control y educación del cuerpo puestos en marcha por las instituciones de poder. Nuestro análisis busca trasladar las observaciones foucaultianas relativas a las prácticas disciplinarias de encuadramiento –entendidas como forma de «disciplina general de la existencia»– a ciertas modalidades de sujeción de los cuerpos que Hopenhayn plantea en su novela. Tratará así demostrarse cómo *Ginebra* es un texto en que se instalan motivos vinculados con la relación cuerpo-poder que pueden resumirse en: a) experiencia de sujeción corporal de la protagonista de *Ginebra* en sus años argentinos, cuando el propósito gubernamental es *defender la sociedad*, causando un proceso de *estatización* de la guerra; b) prácticas disciplinarias de rígido control estatal –en el país de acogida– dirigidas a garantizar «desde arriba» el perfecto orden social, ligado a la idea de bienestar. En las conclusiones se sugiere la lectura de *Ginebra* como una representación literaria: a) del progresivo desmoronamiento de la identidad subjetiva del migrante político como efecto de la imposibilidad de comunicar (el uso de la palabra mediante la lengua de origen le es vedado); b) la existencia de una forma de vejación biopolítica también por parte del Estado protector, dedicado a construir individualidades obedientes.

Palabras clave: narrativa argentina contemporánea; Silvia Hopenhayn; *Ginebra*; Estado Regulador; normalización de la existencia individual

Una vez afirmada en su poder, la razón prometeica fue incapaz de resolver los problemas fundamentales, ya que no era suficiente robar el fuego para iluminar la historia. Al descorrer los últimos velos, el hombre descubrió su impotencia y su precariedad.

Ernesto Sabato, *Antes del fin*

1. Introducción: ¿cómo (re)hacer memoria?

A partir de finales de los años ochenta del siglo XX y sobre todo a lo largo de la década siguiente, los cambios producidos en los planos político, socio-económico y cultural en los países del Cono Sur han provocado la emersión de un conjunto de reflexiones –tanto al nivel teórico como en el plano de la creación– relacionadas con las distintas modalidades de regreso a la democracia de las naciones del área. Estas reflexiones, concentradas en particular en la primera década de la presente centuria, se han preocupado por estudiar el impacto que las circunstancias históricas tuvieron en los cambios acontecidos en el diálogo existente entre la creación artística y el devenir de la Historia. La re-instauración de un modelo estatal democrático en Argentina (1983), Chile (1990) y Uruguay (1985) determinó «el surgimiento de específicas

relaciones entre arte e historia que denotaban novedosas maneras de comprender el acto mismo y la posibilidad de narrar» (Paniagua García 2019: 2). La percepción de la precariedad de lo real como efecto de la delicada transición desde los sendos sistemas totalitarios a la democracia se percibe en la producción narrativa de los escritores de los tres países según patrones que van modificándose a lo largo de los años: si en una primera etapa se apreciaba una «cosecha literaria» marcada todavía por la experiencia del totalitarismo como condición vigente y por el recurso obligado a la metáfora, una vez restaurado el sistema democrático la narrativa se empieza a centrar en la representación de los enfrentamientos y las disputas ideológicas de la etapa posdictatorial.

Las heridas del pasado –no del todo suturadas aún– parecen seguir obligando a un proceso de reflexión introspectiva que implica, para cada escritor, una negociación ineludible con un trauma histórico todavía reciente y tales exigencias de acudir a diversas formas de representación del autoritarismo «nos recuerdan que el pasado autoritario no ha sido totalmente desmantelado y también que las estrategias culturales básicas para explicar esta disyuntiva permanecen todavía intactas» (Masiello 2001: 19). Así, en la nueva relación que se establece entre la realidad histórica y la literatura, cabría, en primer lugar, preguntarse si es aún posible detectar la persistencia de «aquel pasado» también en el ejercicio de la escritura desde el *hic et nunc* de la actualidad. A esta primera interrogación se sumaría, además, otra interpelación sociocultural que pretende comprender en qué medida sigue siendo vigente, y necesaria, la exigencia de representaciones artísticas explícitas del cuerpo vejado y/o encerrado. No parece haber dudas acerca de las modalidades de representación del acontecer histórico que ponen de relieve la ligazón todavía sólida que existe entre el hecho literario y los sucesos de las respectivas Historias nacionales: un vínculo que confirma –décadas después de aquellos eventos– la «vitalidad del pasado sobre el que se ejecuta una operación de apropiación que permite la reflexión anfibia, simultánea y superpuesta de varios tiempos históricos, lo que podría explicar, no totalmente pero sí en parte, un rasgo constitutivo de la posmodernidad latinoamericana [...] interesada en *saldar la cuenta* con un pasado que no pasa» (Paniagua García 2019: 3).

Ahora bien, cabría preguntarse si la narrativa conosureña de comienzos del siglo XXI (periodo histórico de nuestro interés en el presente estudio) ratifica aún la necesidad de sus integrantes de negociar con aquel pasado al que se habían enfrentado sus predecesores en los últimos treinta años de la centuria anterior. A esta primera pregunta podría añadirse otra relativa a las formas que adquieren las imágenes literarias que deconstruyen el paradigma ideológico que configura la relación «canónica» entre cuerpo y violencia. Ya durante los años de la dictadura, en plena década del setenta, la narrativa en prosa en Argentina, Chile y Uruguay había tenido que buscar estrategias de desplazamiento simbólico, que se apoyaban en estructuras elípticas para eludir el control de la censura (un ejemplo representativo, entre muchos posibles, de los juegos alegóricos presentes en esa época en la ficción es *Respiración artificial*, 1980, de Ricardo Piglia). El regreso a la democracia –tal como se acaba

de apuntar- significó el comienzo de un proceso de revisión por etapas que cuajó primero en el estallido de una prosa testimonial, a menudo no puramente narrativa, en que los sobrevivientes o los familiares de las víctimas reconstruían el horror; en esa experiencia de elaboración testimonial del trauma se involucraron –además de a los sobrevivientes o a los familiares– también a los testigos e incluso a los mismos represores, dando lugar a un conjunto polifónico de voces que –en el caso argentino– confluyeron en los informes de la Comisión Nacional sobre la Detención de Persona (CONADEP). Ya entrados los años noventa, comienza una segunda etapa en que se aprecia una suerte de acallamiento temporáneo de esas voces, debido a las «políticas del olvido» llevadas a cabo por ciertos gobiernos nacionales interesados en la instauración de una amnesia colectiva, sin que ello impidiera –sin embargo– que empezara a emerger

[...] la memoria de la militancia de los años setenta, que recuperaba la dimensión de lo político, su apuesta por un cambio radical [...]. Fueron así surgiendo otras memorias, donde ambas figuras, el militante y la víctima, a menudo sin neta distinción [...] aparecían en historias entramadas con hechos y personajes «reales» o apenas ficcionalizados, según diversos géneros y modalidades: entrevistas, biografías, auto-ficciones, novelas con pretensión autobiográfica, confesiones, relatos de ficción con marcas inequívocas de la experiencia (Arfuch 2013: 77-78).

Finalmente, la entrada en el nuevo siglo conllevó un cambio generacional que produjo una reducción de la presencia de lo político y dio lugar a la afirmación de la llamada «narrativa de la posmemoria», es decir, la memoria de segunda generación, rescatada por «los hijos», una promoción de intelectuales que solo ha rozado tangencialmente en la primera infancia los eventos narrados, si bien «a menudo tienen recuerdos propios del episodio dictatorial, sea por haber presenciado el secuestro de sus padres, sea por haber sido víctimas potenciales ellos mismos cuando fueron llevados a centros de detención clandestinos» (Logie – Willem 2015: s.r.).¹ En esta línea estética, muchos y variados son los ejemplos que atestiguan la negociación del escritor con un «pasado escuchado» o vivido desde posturas receptivas sesgadas;² ejemplos que ponen en primer plano tanto la evocación polifónica de

¹ Se verá, en las páginas que siguen, como *Ginebra* se inscribe de una forma sesgada en el marco de las novelas argentinas que introducen la figura del «hijo», un personaje –al que a menudo se le atribuye el papel protagónico de la narración– que emprende un proceso de exploración tanto de la historia política del país como de la Agresión que los hechos históricos llevan a cabo, a lo largo del tiempo, con respecto a la historia personal y familiar. El «hijo» se convierte, en suma, en una figura ficcional que «emprende una exploración que involucra no sólo una relectura del pasado de sus padres, sino también una indagación acerca de su presente» (Cobas Carral 2012: 97). Forman parte de ese corpus novelas como *A veinte años*, *Luz* de Elsa Osorio (1998), *El secreto y las voces* de Carlos Gamero (2002), *Presagio* de Susana Seiya (2007), *La casa de los conejos* de Laura Alcoba (2007), *Taper ware* de Blanca Iema (2009) o *Lengua madre* de María Teresa Andruetto (2010), entre otras.

² Es preciso subrayar que, si bien la narrativa de la posmemoria se ha consolidado como una de las líneas estético-temáticas más frequentadas por los narradores conosureños de la nueva centuria, no debe –sin embargo– considerarse como la única. Tal como señala Beatriz Sarlo (2019) en el apartado titulado «Leer el presente» de su ensayo *Escritos sobre literatura argentina*, muy variados son los temas que palpitan en la ficción argentina actual, de entre los cuales destaca la presencia de textos dirigidos a preservar la memoria del desastre militar y político de las Malvinas (en la literatura de Fogwill), a evidenciar la relación entre sociedad, moda y pornografía (en la ficción de Adrián López) o a representar la relación

una memoria social y personal como el regreso a un pasado reconstruido a través de una «filiación demandante» (la interacción con los padres, a veces lejanos, a veces ausentes, a veces perdidos). Pensemos, sin pretensión alguna de exhaustividad, en la producción de los argentinos Félix Bruzzone (sobre todo en la novela *Los topes*, 2008; o en la recopilación de relatos *76*, del año 2013), Leopoldo Brizuela (*Una misma noche*, 2012), Ernesto Semán (*Soy el bravo piloto de la nueva China*, 2011), Oliverio Coelho (*Un hombre llamado Lobo*, 2011), Pola Oloixarac (*Las teorías salvajes*, 2008), Patricio Pron (*El espíritu de mis padres sigue subiendo en la lluvia*, 2012) y Daniel Guebel (*El absoluto*, 2016). Lo mismo ocurre con un conjunto de narradores chilenos contemporáneos integrados, entre otros, por Nona Fernández (*Chilean Electric*, 2015; *La dimensión desconocida*, 2016), Alia Trabucco (*La resta*, 2014), Alejandro Zambra (*Formas de volver a casa*, 2011), Diego Zúñiga (*Camanchaca*, 2009) y Álvaro Bisama (*El brujo*, 2014); sin olvidar a los uruguayos Hugo Fontana (*El agua blanda*, 2017, inspirada en un hecho real acontecido en 1966 dentro del Operativo Cóndor), Juan Estévez (*Entusiasmo sublime*, 2017, ambientado en un cuartel de la ciudad de Mercedes en el periodo 1973-1976), Fernanda Trías (*La azotea*, 2001, donde un peligro no identificado amenaza continuamente con tirar abajo la puerta y allanar un apartamento montevideano) o Hugo Burel (*Diario de la arena*, 2010, donde el entorno marítimo y monótono del pueblo de Arenales es el escenario en que se instala la sombra ominosa de emisarios del régimen).³ Los integrantes de estas promociones literarias confirman su propensión hacia la negociación con la memoria del trauma, aun si no siempre se trata de traumatismos vividos en sus respectivas etapas adultas pues –tal como se ha adelantado– debe tenerse en cuenta «la división que se produjo en el interior de esta generación entre los sujetos sometidos a la posmemoria propiamente dicha –los que nacieron después y no llegaron a conocer a sus padres– y aquellos cuya experiencia se acerca más a la de la generación 1,5» (Logie – Willem 2015: s.r.).⁴

entre el ser humano y las nuevas tecnologías. La misma variedad temática se aprecia en las letras uruguayas, donde al género testimonial se han añadido, por un lado, «la narrativa de referente político [...] que pronto ensambló preocupaciones formales del policial» (Rocca 2015: 33), lo que se aprecia en particular en la narrativa de Hugo Fontana; y, por otro lado, un conjunto de inquietudes definidas como «temas jóvenes (desasimiento de la familia matriarcal, drogas, libertad sexual) [...] como ocurrió, por ejemplo, con *La cura* de Gabriel Peveroni» (Di Nucci 2006: s.n.). En Chile, de forma paralela a la eclosión de la narrativa de la posmemoria, se aprecia una operación de rescate de la memoria que sigue otros derroteros: se trata de una recuperación de identidades y de lazos de sangre que se encarga de descentrar la noción [de Chile] como *país homogéneo*, por obra de «sujetos en tránsito que se enuncian a partir de una cartografía de viaje y un cuaderno de anotaciones que superponen tiempos, espacios, escrituras y genealogías» (Cánovas 2019: 96), así como se evidencia en textos como *Poste restante* (2001), de Cynthia Rimsky, o en *Volverse Palestina* (2014), de Lina Meruane.

³ Es interesante observar cómo también en la cinematografía local se desarrolla una producción que superpone lo testimonial, lo autobiográfico y la visión desde un sesgo de la mirada ubicado ya en la «posmemoria». Ejemplos representativos de esta modalidad de representación son películas como *Papá Iván* (2000), de María Inés Roqué, *Los rubios* (2003), de Albertina Carri, o *M.* (2007), de Nicolás Prividera. En todos los casos mencionados se puede hablar de un cine «con fuerte carga autobiográfica, abordado por varios hijos de desaparecidos, filmes que van desde relatos clásicos que pretenden recuperar – o aun cuestionar– esa vida escamoteada de los padres, buscarle un sentido, a otros, autorreferenciales pero elaborados con *distancias brechtianas*» (Arfuch 2003: 78).

⁴ Con el término *generación 1,5* –acuñado para ser aplicado a las víctimas de la Shoah– Susan Rubin

Lo que importa es la capacidad de estos narradores para construir un diálogo con la Historia que ya no se propone una sustitución de lo que se ha perdido, sino que se impone como una «relectura constructiva» del pasado; la exigencia de una revisión constructiva nace del deseo de afirmar un presente finalmente capaz de iluminar aquello que en su momento no se pudo ni decir ni narrar, y decirlo a veces de forma explícita, y otras de forma alusiva, dándole un nuevo uso a la metáfora. Ya no se utiliza el registro metafórico por la necesidad de burlar la censura o por el miedo a una posible represión violenta, sino por el interés en experimentar con formas de representación literaria en las que la alusión al Trauma se pretende conseguir recurriendo a elementos aparentemente laterales y, en apariencia, sesgados.

Plantearse el interrogante acerca de por qué utilizar en la actualidad una escritura alusiva, que solo sugiere sin decir, significa ampliar el horizonte de las dudas y preguntarse si tiene aún un sentido defensivo construir ficciones a menudo apoyadas en la representación del trauma desde la imaginación metafórica. Una primera respuesta, si bien solo parcial, reside en el hecho de que sigue viva al día de hoy en el debate crítico la cuestión, heredada de las preocupaciones éticas y estéticas surgidas después del Holocausto, de cómo «narrar el mal». Nuestras preguntas pueden enlazar, así, con «el problema de *hacer presente lo inimaginable*, de dar cuenta de algo que, por su misma naturaleza, parece *escapar del lenguaje*. [...] Representar el horror, representar Auschwitz, es un tópico que regresa cuando se abordan textos latinoamericanos ligados a experiencias límites» (Amar Sánchez 2013: 51). En la América hispana, a partir de la búsqueda de formas eficaces de hacer presente otro tipo de *experiencia inimaginable*, el conjunto heterogéneo de escritores del área intenta acercarse, cada cual a su manera, a la representación de vivencias límites a través del *descubrimiento del dato faltante*: es decir, se intenta recuperar el elemento que ha sido necesariamente eludido en su momento y «se piensa el fundamento del presente, desgarrándose de él para vislumbrar lo que este presente tuvo que ocultar como tal —lo que, en otras palabras, a ese presente le falta» (Avelar 2000: 34). Así, en el diálogo literario que se establece entre la Historia y el presente, una de las maneras más frecuente de reformulación de la memoria es la adopción de estrategias narrativas que manifiestan ciertos rasgos comunes, a saber: su predilección por el uso de monólogos con menoscabo de los diálogos, la atribución de la tarea de contar la historia a un narrador homodiegético, el carácter fragmentario o incluso fractal de la exposición o su conversión en un diario íntimo.⁵

Suuleiman en su artículo «The 1.5 Generation: Thinking about child survivors and the Holocaust» (2002) pretende referirse a aquellos sujetos que vivieron en carne propia, y siendo aún niños, algún evento traumático; si bien por su joven edad no fueron capaces de comprender en pleno el alcance verdadero de lo vivido, la memoria de aquellos hechos se almacena en sus cuerpos.

⁵ Por una parte, Ilse Logie y Bieke Willem llaman la atención acerca de «la hibridez genérica de esos textos [de la posmemoria] —que cruzan el formato del testimonio con la autoficción o el registro fantástico y combinan la referencialidad con la autorreferencialidad—, y sobre los dispositivos de distanciamiento que proliferan en ellos, como la perspectiva infantil, el humor negro o la ironía» (2015 s.r.). Por otra parte, Francisca Noguero Jiménez subraya este conjunto de rasgos en la narrativa contemporánea en español y pone el acento en cómo la prosa actual se caracteriza por «la abundancia de monólogos y elipsis, la ausencia de diálogos, el predominio del narrador homodiegético y el triunfo de formas fragmentarias» (Noguero Jiménez 2008: 30).

Surgen pues nuevas preguntas que permiten ahondar en el núcleo de nuestro estudio: por un lado, se hace necesario indagar sobre cómo representar en la ficción las nuevas condiciones de vida de la etapa democrática, una fase histórica en la que, sin embargo, parece todavía volverse impelente una relectura constructiva del pasado. Por otro lado, como efecto de lo anterior, se impone averiguar cuáles son las nuevas modalidades de disciplinamiento del sujeto en un sistema democrático que deben ser descritas por la literatura. Y sobre todo ¿puede la descripción ficcional de ciertas modalidades de control y disciplinamiento actuales leerse como el efecto del propósito del escritor de narrar el Trauma a través de nuevas prácticas de escritura alusiva? Trataremos de acercarnos a unas respuestas a partir de un enfoque que rescata los estudios que Michel Foucault llevó a cabo a lo largo de los años setenta y ochenta del siglo XX: en ensayos como *Vigilar y castigar* (1975) o en la tetralogía de la *Historia de la sexualidad* (*La voluntad de saber*, 1976; *El uso de los placeres*, 1983; *La inquietud de sí*, 1984; *Las confesiones de la carne*, publicado póstumamente en 2018), el filósofo francés elabora una honda reflexión sobre los métodos disciplinarios de vigilancia, control y corrección puestos en marcha por las instituciones de poder de la modernidad. Es bien sabido que, según Foucault, el conjunto de prácticas disciplinarias de encuadramiento (*quadrillage*) del sujeto moderno abarca todos los ámbitos del vivir y construye una verdadera «disciplina general de la existencia» (Foucault 2017: 44) que somete al ciudadano a un proceso continuo de sujeción, en nombre de una cierta idea de «normalización» de la existencia individual y colectiva. Esta disciplina general de la existencia que se ejercita sobre el cuerpo humano guarda, según Foucault, una finalidad doble: por una parte, tiene el objetivo de *constituirlo* (es decir, las prohibiciones y los mecanismos disciplinarios deben interpretarse como instrumentos para «producir capacidades útiles» en los individuos), *formarlo* (o sea, prepararlo para su «productividad individual») y *corregirlo*.

Por otra parte (este es el enfoque que más nos interesa en el desarrollo del presente análisis), los dispositivos disciplinarios apuntan a ejercer su control y su poder sobre los individuos interviniendo a diario en su vida concreta, por lo que se hace necesario poner en práctica «una verdadera incorporación del poder, en el sentido de que ha debido llegar hasta los cuerpos de los individuos, a sus gestos, actitudes, comportamientos cotidianos» (Foucault 2001: 153). Cuando Foucault sostiene que las prácticas disciplinarias de vigilancia, control y corrección que las instituciones de poder ponen en marcha deben llevarse a cabo a diario y sin solución de continuidad, señala la evidencia de que estas prácticas deben ejercitarse necesariamente mediante la vigilancia y ordenación de todos los gestos, comportamientos y acciones del ciudadano, hasta intervenir en los detalles más pormenorizados. El poder que disciplina los cuerpos, en suma, funcionaría de una forma verdaderamente efectiva «solo bajo esta condición de *actuar continuamente*, cotidianamente, sobre la vida ordinaria de los individuos, tendiendo a *vigilar, ordenar, normalizar hasta los mínimos detalles*, los comportamientos más simples, más comunes y, en apariencia, insignificantes» (Lorenzini 2012: 97).

A partir de las reflexiones de Foucault sobre la necesidad de pensar en procedimientos diarios de control y sujeción del ciudadano, nuestro propósito se desdobra y reside en: a) averiguar si es aún posible, y en qué grado, leer las lógicas de vigilancia, coerción y dominio del cuerpo en el plano social como metáfora actual de la violencia pasada, ya no representada desde la perspectiva testimonial sino desde el sesgo de una mirada que busca enfoques laterales; b) comprobar hasta qué punto es posible trasladar esas lógicas de coerción y vigilancia desde el plano social hasta ciertas dinámicas de interacción humana que acontecen en el plano de las relaciones intra-familiares y en el nivel de la interacción entre el Estado y el ciudadano. Para comprobarlo, se centrará la atención en los mecanismos que regulan el ejercicio del poder descritos en la novela *Ginebra* que la escritora argentina (nacida en Santiago de Chile) Silvia Hopenhayn publica en 2018. En el texto se pone de relieve un afán constante para reconstruir y re-significar la historia personal de una protagonista-narradora a través de cuyas experiencias vitales Hopenhayn analiza en especial el conjunto de formas de disciplina general de la existencia que se aplican a la experiencia del exilio como consecuencia del golpe de Estado militar de 1976 en Argentina.

Para una novela como *Ginebra* se propone, en particular, una reflexión doble, basada en la percepción de la escritura como un «hogar precario». La primera consideración está ligada a la búsqueda de nuevos modos de representación literarios para expresar en el plano textual –y a distancia de cuarenta años de los hechos– el trauma de la violencia extrema, una vez comprobados los límites del realismo mimético. A la luz de estos límites, las actuales modalidades de representación de la violencia pasan por la adopción de estrategias alusivas, alegóricas o eufemísticas y –sobre todo– por el llamado «giro subjetivo» que se apoya en la creación en la diégesis de un clima intimista y/o en el rescate de los detalles de la vida diaria en contextos familiares. Una lectura sesgada de este tipo debería ayudar a comprender por qué construye Hopenhayn un hilo narrativo apoyado en el relato homodiegético de una niña que dejó Argentina siendo aún muy pequeña, sin casi haber visto ni entendido la infamia (una niña que muy poco sabe de los horrores de las torturas y desapariciones y que se encuentra a más de doce mil kilómetros de distancia del escenario donde actúa el régimen). Paralelamente a esta primera reflexión acerca de la búsqueda de la forma literaria más adecuada y efectiva para representar el horror a través del filtro de una postura enunciativa ubicada *lejos*, se suma un segundo aspecto, que mantiene una estrecha relación con el anterior. En el momento en que el problema de *cómo contar* las experiencias límite se vuelve tan importante como el *qué contar*, los modos de reconstrucción literaria de la violencia ponen en juego representación de la violencia alusivas y/o alegóricas que enjuician la Autoridad desde una perspectiva oblicua; es decir, se interpela al lector y se exige su lectura cómplice para que su interpretación de lo narrado convierta ciertos episodios descritos en posible sinécdoque del atropello dictatorial. A partir del apartado siguiente trataremos de comprobar en qué medida Hopenhayn consigue este objetivo.

2. Formas de poder sobre el sujeto

Como ya se ha subrayado, la violencia extrema que se manifiesta en los países del Cono Sur durante la etapa dictatorial tiene el efecto de representar un punto de quiebre esencial en las preocupaciones estéticas de los intelectuales de aquella época acerca de la relación existente entre arte y vida: la polarización ideológica extremada de aquellos años y sobre todo la virulencia de la represión provocan una reformulación conceptual en la percepción del arte con respecto a lo eventos de lo real. El arte se vuelve soporte de experiencias precisamente porque la violencia política de los años sesenta, setenta y ochenta causó

[...] un efecto devastador en la producción artística, al imposibilitar una visión de lo literario como marca de distinción o como confección de un objeto acabado. Tanto las fracturas personales e históricas como la destrucción del tejido social causadas por las dictaduras alentaron búsquedas de tipos de escritura que diseñaron un concepto de experiencia alejado de toda certidumbre y dibujaron una mayor continuidad entre arte y vida (Logie 2013: 156).

Si experiencia y arte (es decir, escritura) se alejan de toda certidumbre, entonces es en esta nueva «continuidad de la duda» donde se puede insertar el texto de Hopenhayn: en él, el lector accede poco a poco a desentrañar los pormenores de la experiencia narrada en primera persona de una niña en su etapa pre-adolescencial que vive y relata la época del destierro forzoso en la próspera, aséptica y fría Ginebra de finales de los años setenta. El desplazamiento hacia el nuevo Estado pone en el centro la agencia de lo corporal pues provoca en la pequeña la sensación de que el exilio se irá convirtiendo enseguida en una condición doble de aislamiento, material y también inmaterial (en el plano del desarraigo anímico y de la comunicación). Una vez instalada en Suiza, su percepción de lo real y su comprensión del mundo se ven limitadas por su propia condición de «encierro comunicativo», en un contexto en que es imposible usar la palabra. Para la niña, la imposibilidad de la comunicación y del entendimiento a través de la lengua materna significa la desintegración de la identidad, puesto que aprender un idioma ya es un primer destierro: «En el colegio yo era una más, rubiecita, de piel almidonada, hasta que alguien me hablaba y me convertía en *la que no tenía lengua*. [...]. Los profesores me llamaban por mi nombre sabiendo que recibirían una única respuesta: mis ojos implorantes. [...]. Parpadeaba como un reptil que no encuentra su presa» (Hopenhayn 2018: 53).

Estas primeras reflexiones permiten identificar en el texto la presencia de un conjunto de sub-motivos que pueden resumirse en : a) la relación cuerpo-poder (no solo el poder del estado totalitario sino también el poder del «estado protector»), b) la inestabilidad de la mirada sobre un pasado inaprensible o un presente que remite a una condición de aislamiento del recién llegado, que se sostiene en la metafísica corporal implícita en el modelo dualista «nosotros versus los otros», c) las formas distintas de *governabilidad* del sujeto y las modalidades de sujeción de los cuerpos llevadas a cabo por las instituciones. Las formas que el poder utiliza para ejercer el control sobre el individuo se insertan, en particular, en el marco de una dialéctica entre el presente y el cultivo de la memoria, encargada de la reconstrucción de fragmentos indistintos del pasado. La prosa intenta darle un significado –desde el

hic et nunc del momento de la escritura- a hechos traumáticos del pasado histórico para interrogar la presencia de la Historia en lo personal:

Hoy, memoria y presente son los paradójicos polos de referencia: inmediatez, subjetividades nostálgicas, inestables miradas sobre un pasado a la vez inmenso, fragmentado, indiferenciado, imposible de recuperar o de poseer, a pesar de los insistentes recorridos por él que llevan a cabo nuestros imaginarios en última instancia olvidadizos. Vivimos en lo que el psicoanálisis denomina el *après-coup*, esa posterioridad en la que lo ya sucedido vuelve como trauma, en un tiempo en el cual un pasado múltiple busca significar una y otra vez, emergiendo y desapareciendo entre fragmentos de relatos y memorias en pugna (Premat 2018: 126).

Es posible resumir tales motivos (lo «ya sucedido» que no deja de representar un trauma, el pasado múltiple para el que se busca un sentido, la emersión y desaparición de fragmentos de relatos y memorias) siguiendo un esquema conceptual válido para el texto ficcional en examen. La relación entre vivencias personales e Historia colectiva en el caso de *Ginebra* se presenta -al comienzo- más bajo la forma de un ejercicio de la memoria que desde una perspectiva metafórica, pues a la dictadura se alude de una forma explícita. Es interesante observar, sin embargo, cómo el proceso de rememoración de la etapa vivida en Argentina resulta ser un aspecto marginal en la novela con respecto a la representación del presente. En este sentido *Ginebra* se aleja, al menos en parte, de la línea dominante en Argentina a partir del cambio de siglo, el de la novela de la memoria: en ficciones como *El teatro de la memoria*, de Pablo de Santis, *Un secreto para Julia*, de Patricia Sagastizábal, *Letargo*, de Perla Suez, o *El mandato*, de José Pablo Feinmann, todas del año 2000, se observa un rasgo común: el del regreso del tiempo hacia atrás, originando novelas en que «algún sujeto familiar (padre, madre, hija, hijo, abuela: la temporalidad de la memoria es generacional) va del presente hacia atrás, a la fundación o corte de tiempo que, como el nacimiento de Cristo, divide un antes de un después. Va al horror del pasado de la fundación y retorna al presente para cumplir con el mandato de escritura y transmisión» (Ludmer 2020: 80-81). En el caso de *Ginebra*, sin embargo, si bien la memoria de la protagonista es tanto familiar como espacial y territorial, el regreso al pasado se inscribe en un «discurso del tránsito» que ubica el presente en posición dominante con respecto a la rememoración. La experiencia de la violencia pasada, ejercida por el Estado argentino, produce en la joven protagonista (única voz encargada del relato) un estado de sujeción que se expresa en la sensación dúplice de persecución y vulnerabilidad: es necesario huir del Estado sin Derecho (el gobierno de la Junta) y tomar distancia de la Autoridad que atropella a sus propios ciudadanos, donde «hay milicos por todas partes» (Hopenhayn 2018: 152).⁶

⁶ Debe observarse cómo la alusión concreta en el texto a las ciudades tomadas por los militares ubica *Ginebra* en un espacio liminal dentro del marco de la llamada Nueva Narrativa Argentina: «en textos recientes, y en particular en la narrativa de algunas escritoras entre las cuales se encuentran Gabriela Cabezón Cámara, Fernanda García Lao, Arianna Harwicz o Mariana Enríquez, surgen nuevos paradigmas corporales que desafían el paradigma escindido y/o inmunitario de la modernidad: transcorporalidades que desbordan la concepción sustancialista, dual y normativa del cuerpo, hacia devenires híbridos, múltiples, posibles. [...] La NNA opera un desplazamiento (poscolonial, posfeminista, posmoderno) hacia la emancipación y el empoderamiento» (Audran 2020: 177). Frente a la búsqueda estética que propone

La protagonista-narradora huye de un Estado totalitario que le declara guerra al Hombre percibido por el Poder como la expresión individual de una diversidad (ideológica, en este caso); huye de una forma de gobierno que ejerce su poder como derecho de apropiación de la vida para suprimirla (si es necesario)⁷. Seguir por este camino interpretativo conduce a la inscripción de *Ginebra* en el amplio cauce de aquellas novelas publicadas en Hispanoamérica en los últimos veinte años en las que conviven dos interrogaciones que se mueven paralelas, sin excluirse mutuamente: por un lado, hacen viable que el lector se pregunte: «¿Coincide la noción institucional de memoria con la de los novelistas contemporáneos? ¿Cuál es la función de la novela dentro de un proceso más general de revisión de la memoria?» (Rudas – Campo 2017: 256). Por el otro, se trata de un texto que plantea una continua reflexión acerca de la normalización disciplinaria del cuerpo del ser humano, y que analiza desde la ficción las modalidades de normación disciplinaria que apuntan al debilitamiento de la integridad identitaria mediante la aplicación de modelos normativos que actúan sobre los cuerpos según la línea que Foucault propone en *Seguridad, territorio, población*. Es decir, en la Suiza de Hopenhayn estaría vigente un orden que apunta a la «introducción de un modelo optimizado constituido en función de un cierto resultado, de forma de hacer a la persona, sus gestos y actos, conformes a tal modelo» (Foucault 2006: 51). A partir de este propósito de hacer a la persona «conforme» al modelo disciplinario establecido, en las páginas que siguen se intentará seguir con nuestra línea de análisis para: a) indagar en la relación que liga la experiencia del exilio (*Ginebra*) a los procesos que conducen o bien a la auto-victimización o bien a los procesos de (re)construcción de la identidad afectada por las secuelas del totalitarismo (incomunicación, desarraigo físico y anímico, etc.); b) analizar la dinámica dialógica que se establece entre ciertos espacios físicos (en particular, los lugares cerrados y oscuros) y las formas de control, sujeción y coerción que se ejercita sobre los seres humanos de la ficción que los habitan.

3. El cuerpo sitiado

El cuerpo que emerge del relato de los años de la infancia en Argentina parece haber transitado por un sistema que acecha al sujeto para renovar su miedo y su

ese conjunto de narradoras interesadas en interrogar las modalidades de conversión de la violencia de Estado en imágenes de emancipación, en la Argentina militarizada que la protagonista de *Ginebra* y su familia dejan atrás se realiza un proceso de *estatización de lo biológico*; es decir, a través de la práctica de la «violencia actuada desde arriba» se produce un ejercicio del poder sobre el ser humano según el vector arriba-abajo: el movimiento ocurre desde la atalaya del poder central hasta la individualidad subjetiva.

⁷ Esta tipología de uso del poder refleja las modalidades de actuación del Estado en los procesos históricos analizadas por Foucault, sobre todo en *Defender la sociedad (Curso en el Collège de France, 1975-1976)*: es en ese texto, en particular, donde el filósofo francés analiza los mecanismos de intervención del Estado en los conflictos y donde «muestra cómo se estatizó la guerra, esto es, cómo quedó en manos de un poder central y ya no como una cuestión entre individuos y cómo fue apelando cada vez más a hechos que llegan a considerarse brutos físico-biológicos, hasta dar lugar al discurso de la guerra de razas» (Hernández Martínez 2012: 67). En el caso que nos ocupa, el poder central que *estatiza* la guerra en Argentina es el de las persecuciones y desapariciones y torturas, cuyo efecto es el movimiento centrífugo del abandono de la casa, o sea, el exilio.

dependencia del poder constituido; el resultado es un cuerpo asustado que siente que está viviendo en una constelación de aparatos disciplinarios y coercitivos difusos, que «se conjugan para hacernos sentir [...] anonadados, transidos y temerosos respecto de decisiones que se nos ocultan, pero que tienen efectos, directos o indirectos, sobre nuestras realidades cotidianas y que, frecuentemente, engendran terror por cómo estas realidades pueden afectar a nuestro cuerpo» (Sierra González 2012: 14). Es precisamente el terror hacia lo desconocido, hacia lo que se nos oculta, el aspecto más relevante que convierte al sujeto en víctima; y este proceso de victimización, a su vez, se vuelve funcional para que –en el plano de la estructura sociopolítica– el sistema pueda preservarse. Ahora bien, afirmar que la conversión del cuerpo en víctima produce un efecto de *normalización* (desde el punto de vista del poder) que se refleja en la renovación de la dependencia del ciudadano respecto de las instituciones sociales, puede verse –en *Ginebra*– desde dos distintos sesgos de la mirada. En primer lugar, en lo que se refiere a la etapa argentina, la *normalización* pretende consolidar en el sujeto la convicción del rol esencial del Estado como garante tanto de la seguridad ciudadana como de la preservación de los valores de la Patria frente a un enemigo necesario, una Alteridad amenazante identificada en la década del setenta con el «peligro rojo». Por otra parte, si se considera la etapa suiza, la *normalización* funcionaría –siempre desde la perspectiva del Poder– como una condición necesaria para la protección y preservación de sólidas estructuras sociales (ley, administración pública, policía, incluso la misma familia) porque el Estado justifica su presencia como garante de la tutela y la protección del ciudadano frente a otro peligro: el del desmoronamiento de un sistema biopolítico y sociocultural considerado como modélico.

En términos individuales (el plano que nos interesa más), la conversión del individuo en sujeto-víctima lo vuelve más vulnerable y lo expone a un miedo genérico que se manifiesta según dos pautas de desarrollo: por una parte, el ciudadano puede ceder a la acción de persuasión del Estado dictatorial/normalizador y aceptar la existencia de la Alteridad amenazante capaz –en potencia– de desestabilizar el sistema. Por otra parte, el sujeto no puede evitar percibir la intervención permanente de ciertos *operadores de dominación* indefinidos (¿no estarán acaso llegando los militares, o los miembros de la policía secreta para algún allanamiento?). La ideología del dominio que incide en los cuerpos buscando preservar el sistema a través de la victimización «fortalece la sensación de miedo pues realza la vulnerabilidad. La ideología de la victimización renueva la dependencia, porque esta deriva de un *miedo genérico a fuerzas demasiado amplias y abstractas* para que el ciudadano pueda tratar con ellas» (Sierra González 2012: 15).⁸

⁸ En el texto de Hopenhayn las alusiones a la presencia de los militares en el día a día de la primera infancia de la niña-narradora vendrían a constituirse en una estrategia narrativa dirigida a inscribir la Historia en los vericuetos de la ficción, proporcionando una superposición entre lo ocurrido en el plano de lo real y la imaginación artística, según un modelo que le otorga al escritor la capacidad para *humanizar la verdad histórica* a través de la palabra. Saúl Sosnowski resume así este rol del escritor al recordar cómo «el pasado es materia maleable y la memoria de diversos sectores de la población tiende a adoptarla a medida de su ideológica comodidad y de sus necesidades más inmediatas. Palabras escritas de una

Frente a esta doble posibilidad de desarrollo, queda por preguntarse no solo qué tipo de poder deja atrás la protagonista de *Ginebra*, sino también –o, sobre todo– ¿qué tipología de Estado la espera en Europa? Nada más aterrizar en Ginebra, la protagonista-narradora lleva a cabo un ejercicio constante de comparación obligada entre, por una parte, el *Estado sin Derecho* que ha dejado a orillas del Plata y, por otra, el *Estado Regulador*, que organiza una disciplina de la vida, del tiempo y de las energías de sus pobladores. En el medio entre estos dos extremos se ubica un muy amplio abanico de modalidades de ejercicio del poder que abarca una vasta gama de prácticas disciplinarias de control de la población y de sujeción del ciudadano, que se mencionan explícitamente en la novela, pues en su relato la joven las describe de la siguiente manera:

Hay Estados que se expanden a costa de sus hijos; crecen y crecen y aplastan ciudades enteras. Hay Estados que son endeble y otros Estados más atávicos que les quitan lo ganado para llevárselo a sus propios hijos. [...]. Otros Estados intentan un orden o son benefactores. Tienen dietas estrictas, engordan y distribuyen para no explotar. Hay Estados explotadores, Estados que explotan y Estados que se cuidan de no explotar. En Ginebra, el Estado era rígido y generoso (Hoppenhayn 2018: 104).

Importa aquí detenerse en las alusiones textuales a aquellos Estados que «intentan un orden o son benefactores» y al «Estado rígido y generoso», pues ambos modelos ilustran la presencia en la Suiza novelesca de la generalización y el afianzamiento de ciertos *aparatos normalizantes* que funcionan como herramientas de control del individuo, modos que instauran en él la necesidad de sentirse amparado por una suerte de «buen gobierno» que el Estado mismo impone como necesario. El Estado es «rígido» porque no les permite a sus ciudadanos desviación alguna del modelo disciplinario que ha estructurado para ellos y su presunta generosidad se manifiesta de una doble forma: no solo en la imposición al sujeto de una asistencia (o incluso «protección») planteada como «necesaria», sino sobre todo en la garantía de ofrecer condiciones óptimas de vida a través de una reglamentación de los distintos ámbitos de la biopolítica. En otras palabras, el Estado «benefactor» que se describe en la novela estaría llevando a cabo «una nueva ortopedia política que ajusta los flujos poblacionales al aparato de producción del capital gracias a la creación de una tipología de la población basada en los resultados de los índices demográficos correspondientes al crecimiento de la riqueza de nuevos espacios de producción individual» (Rodríguez Batista 2012: 133). La vida social en la Suiza ficcional que se describe en *Ginebra* se reglamenta, se normaliza y se naturaliza por medio de una organización reticular que hace que el ciudadano asimile e incorpore la disciplina como contrapartida de la seguridad, el bienestar y el crecimiento de la riqueza que

versión autorizada suelen resultar suficientes para que la verdad reciba una mano de pintura fresca. [...] Del novelista, como sabemos, se espera un texto que humanice el saber histórico inscribiéndolo en los artilugios de la ficción. Dicho de otro modo: se anhela el encuentro de imaginación y verdad, de una versión del pasado que enuncie en el presente el diseño de algún venturoso o menos cataclísmico porvenir» (Sosnowski 2019: 309). Se aprecia, pues, una primera contingencia por la que el escritor produce un texto que «humaniza» el saber histórico y lo inscribe en los «artilugios de la ficción», convirtiendo a los militares armados en elementos textuales amenazadores que desatan la praxis defensiva del cuerpo.

se le proporcionan desde arriba. Así, el control disciplinario que la novela plantea en la etapa suiza le habla a lector de una combinación de poderes: frente a la protección y al amparo garantizados e impuestos por el «Estado rígido y generoso» que acoge a los exiliados de Hopenhayn, la reglamentación biopolítica suiza se muestra como una variante de las relaciones de poder tradicionales: en una sociedad dada, con una determinada configuración histórica, la relación dialéctica entre Estado y ciudadano puede superar la noción convencional de poder, pues «esas redes de relaciones encarnan un complejo juego de fuerzas, en lugar de una instancia unidireccional y puramente negativa, cuyo objeto sería reprimir o prohibir» (Sibilia 2013: 35).⁹

4. El cuerpo (hiper)protegido

El punto de partida de esta sección reside en analizar de qué manera se transfieren al plano diegético las formas de control del cuerpo y prevención de los riesgos que se ejercen de forma profiláctica sobre otros seres humanos, o bien por el Estado protector o bien por un sujeto que se otorga unilateralmente ese rol. En *Ginebra* la tarea continua de registro y control de los cuerpos forma parte de una suma de prácticas diversas y envolventes que apuntan, juntas, a conseguir la conversión del ciudadano en cuerpos dóciles, tal como recuerda Foucault en *Vigilar y castigar*: «La disciplina no puede identificarse ni con una institución ni con un aparato. Es un tipo de poder, una modalidad para ejercerlo, implicando todo un conjunto de instrumentos, de técnicas, de procedimientos, de niveles de aplicación, de metas; es una *física* o una *anatomía* del poder, una tecnología» (Foucault 2012: 218). El ciudadano se convierte en cuerpo dócil precisamente por (o a causa de) la instauración de un régimen doméstico de sujeción estricta según el modelo foucaultiano, puesto que la disciplina fabrica

[...] cuerpos sometidos y ejercitados, cuerpos dóciles. La disciplina aumenta las fuerzas del cuerpo (en términos de utilidad [para el Poder]) y disminuye esas fuerzas (en términos políticos de obediencia). En una palabra: disocia el poder del cuerpo; de una parte, hace de este poder una *aptitud*, una *capacidad* que trata de aumentar, y cambia por otra parte su energía y la convierte en una relación de *sujeción* estricta (Sierra González 2012: 32).

¿En qué medida la dominación que se describe en *Ginebra* se aproxima a tales modalidades de consecución de la obediencia? El grado de control del gobierno suizo sobre el ciudadano lleva las instituciones a ofrecer una forma indiferenciada de hiperprotección de cualquier peligro, aunque sea solo potencial: debajo de cada edificio de Ginebra hay un refugio nuclear, un espacio pulcro y hermético, absolutamente silencioso, «un lugar imposible de penetrar, ni siquiera con los oídos. El impacto inaudible del estallido nuclear» (Hopenhayn 2018: 61). El Estado que ha acogido a la protagonista-narradora y a su familia construye un modelo social optimizado que

⁹ Debe observarse que en la generosidad del «Estado que ampara» se oculta, sin embargo, un alto precio a pagar que invade la esfera de la salud, del bienestar como meta. El cuerpo del tráfugo político debe aceptar –en el estado de acogida– una suerte de histeria de la salud, que puede resultar antinatural, puesto que «la proliferación de lo sano es tan obscena como la proliferación de la obesidad. Es una enfermedad. Le es inherente una morbosidad. Cuando se niega la muerte en aras de la vida, la vida misma se tuerca en algo destructivo» (Han 2020: 51).

garantiza la protección del ciudadano contra riesgos abstractos, en función de un cierto resultado: hacerle sentir al individuo que esa amenaza es posible, y llevarlo así a la convicción de que la seguridad que el Estado le ofrece es imprescindible. Llevar a lo extremo este tipo de presión es una forma de *normación disciplinaria*, en términos foucaultianos: el Estado optimiza la protección de su población y, a cambio de esta seguridad, pretende (y consigue) hacer a la persona, sus gestos y sus actos conformes al modelo disciplinario que ha instaurado. Para la joven narradora de la novela «la prevención puede provocar antagonismo: por temor a una guerra habían creado un espacio de silencio absoluto [un refugio nuclear]. La amenaza del hombre lo condenaba a su acallamiento total. En las bauleras argentinas encerraban el olvido, en las suizas, la futura aniquilación. Un país mete a su pasado en el subsuelo y el otro guarda bajo tierra su porvenir» (Hopenhayn 2018: 61).

Tal como ya se ha visto, la herramienta concreta de la que se sirve el sistema gubernamental para guiar las conductas de sus habitantes y para llevar esos cuerpos a una condición de docilidad reside en el control continuo de un Estado rígido que impone *-lato sensu-* «dietas estrictas». El sistema estatal funciona como los modelos panópticos dieciochescos: vigila, observa, a menudo interviene en la gestión y el manejo del cuerpo, sin que el sujeto observado *-la ciudadanía domesticada-* tenga la exacta conciencia de los momentos en que la entidad controladora está presente.¹⁰

En *Ginebra* la aceptación de la disciplina propia del dispositivo de control y seguridad se funda *-de forma paradójica-* en la capacidad que ambos Estados (el argentino y el suizo) guardan de mostrar al ciudadano lo tangible que es la amenaza externa: un peligro *-concreto en el primer caso (la subversión roja) y abstracto en el segundo-* que vuelve imprescindible la «protección» estatal y la sumisión del individuo. Si se limita el alcance del análisis a la etapa suiza (la más extensa en el plano ficcional), cabría preguntarse si *-ante acciones que apuntan al emplazamiento de un régimen de sujeción-* es posible para el ciudadano vislumbrar la creación de espacios físicos capaces de desempeñar una función «defensiva» y sobre todo interrogarse acerca del modo en que *Ginebra* subraya el rol del Estado previsor y protector como constructor de individualidades obedientes por agradecidas. El cuerpo del ciudadano hiper-protegido de la Suiza descrita en la ficción vive en una seguridad silenciosa, se acostumbra a actuar en un entorno social obediente *-sabiéndose controlado-* y a moverse en él a partir de modos que el Estado *-en su rol de institución*

¹⁰ La continuidad del control es clave para el gobierno del cuerpo y se vuelve una práctica que actúa en un plano doble: por una parte, ya se vio, interviene en el nivel anatómico, pues moldea el cuerpo, es decir, lo hace más o menos funcional en base a la intensidad de los cuidados o de su falta. Por otra, actúa también en el plano político (*lato sensu*, como manera de ejercer un poder desde arriba sobre las formas de vida). De ahí que podría decirse que «la simpatía con los principales postulados de Michel Foucault en torno del ejercicio anatomo-político y de la emergencia de la mirada clínica [...] ha implicado que al explicar cómo se hicieron *dóciles los cuerpos*, se acepte que la disciplina propia de este dispositivo es la que opera el *panóptico* y que los principios biopolíticos implementados para el gobierno de las conductas de diversas poblaciones son hechos importantes para tener en cuenta a la hora de dilucidar los que vendrían a reconocerse como prácticas correspondientes en América Latina» (Pedraza Gómez 2014: 4).

salvífica- dibuja a medida, forjando unos patrones identitarios que cristalizan en el tiempo. El Estado es el «cofre salvífico» de la niña porque ejerce en cada individuo

[...] un control que nos fabrica, imponiéndonos una individualidad, una identidad. El individuo, en otros términos, con su cuerpo y su vida, es el resultado de una verdadera construcción operada desde el poder disciplinario. [...] En suma, el poder disciplinario fabrica la singularidad somática, el cuerpo sometido, aplicando sobre él la función-sujeto, y es, por esto, un poder individualizante (Lorenzini 2012: 94).

El sótano anti-atómico construido por el gobierno hiper-protector se vuelve, así, metáfora de un *estado-contenedor* que pretende imponerse como ente bienhechor y disciplinario, cuyo exceso de cuidado provoca, sin embargo, efectos degenerativos. Ahora, ¿qué efectos produce en el plano diegético el afán constante de la protagonista por describir el proceso de construcción del «sujeto obediente» que se le impone en Suiza? La atención que la joven le presta al programa de hiper-protección social estatal la aleja de los pocos y desdibujados recuerdos de la Argentina sitiada y militarizada que dejó atrás: la niña, asombrada por los mecanismos gubernamentales que imponen al ciudadano una condición de seguridad preventiva, se ve liberada del *esfuerzo del recuerdo* (de lo poco que conoció en el Sur) y sobre todo del *esfuerzo del volver a decir*. Este *no volver a decir* y este centrarse solo en el funcionamiento de la maquinaria del Poder del Estado que la acoge significa no tener que recuperar vivencias de dolor; en otras palabras, lleva al resultado de no tener que *vivirlas de nuevo*. Ahora bien, cabría preguntarse en qué grado la forma de sujeción que el Estado le impone en el presente (y que la aleja de la elaboración consciente de experiencias pasadas) puede ejercer en ella un efecto de anestesia emocional. ¿No se estará negando la joven una experiencia de terapia catártica -casi depurativa- a través del recuerdo (los días de la fuga de Buenos Aires) y la enunciación (el relato de aquellos hechos), que pasaría precisamente por el filtro del decir y del (re)vivir? Leonor Arfuch, en *Memoria autobiográfica*, sostiene el valor terapéutico del recordar, del decir y del volver a vivir, y afirma que

[...] en la dificultad de traer al lenguaje vivencias dolorosas que están quizás semiocultas en la rutina de los días, en el desafío que supone el *volver a decir*, donde el lenguaje, con su capacidad performativa, hace *volver a vivir*, se juega no solamente la puesta en forma -y en sentido- de la historia personal, sino también su dimensión terapéutica -la necesidad de decir, la narración como trabajo de duelo- y fundamentalmente ética, por cuanto restaura el circuito de la comunicación (Arfuch 2013: 76).

La brevedad de la experiencia de contacto de la narradora con el horror del régimen parece dejar la pregunta sin una respuesta exhaustiva. Existe, además, otro elemento que influye también en la imposibilidad de desentrañar la duda: el hecho de que en su caso no se trata de «restaurar el circuito de comunicación» que -en muchos adultos- había sido suprimido o inhibido por el Control autoritario, pues nunca antes había habido una verbalización de lo vivido. *Ginebra* puede leerse, así, como un regreso (no físico, pero sí de la memoria) a los espacios de la infancia que reconstruye la vida de la narradora y de sus padres según un modelo en parte auto-ficcional, un modelo en prosa coherente con la tendencia literaria actual en la que «el interrogante sobre *el padre*, la irrupción y predominancia de la memoria, la búsqueda de un sentido que

supera el aquí y ahora del *yo*, tienden a abrir las literaturas actuales de la memoria personal y de la confesión a esferas colectivas, a la generalidad de la historia» (Premat 2018: 134).

5. Breves reflexiones de cierre

La narración de las experiencias límites y la cuestión del grado de representación de lo indecible parecen encontrar en *Ginebra* una forma sesgada de traslación al plano textual: la perspectiva oblicua de la mirada adoptada obliga a seleccionar a un «lector imaginativo», capaz de captar en el texto los aspectos no expresados que se mantienen ocultos en el *decir menos* que adopta el autor del relato. De este modo, el punto esencial se desplaza de la presunta imposibilidad de la representación del horror al de la selección del *qué describir*. A su vez, desplazar la atención a los medios de representación significa asumir, en palabras de Jacques Rancière, que «el problema no es saber si se puede o se debe o no representar, sino qué se quiere representar y qué modo de representación se elige para ese fin» (Rancière 2005: 41).

En *Ginebra*, la magnitud estructural de la violencia del trauma dictatorial se suaviza a través del filtro de una narración que adopta estrategias enunciativas (la distancia geográfica y el desconocimiento de la crudeza de la represión, justificada por la mirada infantil) como formas para mantenerse alejada del *rictus de lo abyecto* y como paliativo de la violencia real. El eje de la narración se traslada a una dimensión doblemente lateral; la primera es la relación dialéctica entre familia e Historia, según el esquema que Julio Premat resume así: «la novela familiar, las preguntas sobre la pertenencia, la prolongación y la transmisión, que son inherentes a estas ficciones, conllevan una manera de pensar o de fantasear el tiempo, de percibir al pasado en el presente, y conllevan una pregunta dirigida a lo que fue en tanto que condición de posibilidad para el sujeto o para la obra por escribirse» (Premat 2018: 134). La percepción del pasado íntimo como parte de un tiempo histórico comunitario lleva a la segunda dimensión de la novela, es decir, a la metáfora del Poder protector: se pasa de la abyección explícita del Poder que aplasta y castiga con la muerte a la representación de un proyecto de obediencia del ciudadano como efecto del ejercicio riguroso y constante de una disciplina que crea ficticiamente el peligro potencial.

Referencias bibliográficas

- AMAR SÁNCHEZ, Ana María (2013), «El trazo oblicuo. Representaciones sesgadas del horror en la narrativa del Cono Sur», en DE VIVANCO ROCA REY, L. (ed.), *Memorias en tinta. Ensayos sobre la representación de la violencia política en Argentina, Chile y Perú*, Santiago de Chile: Ediciones Universidad Alberto Hurtado, 49-60.
- ARFUCH, Leonor (2013), *Memoria y autobiografía. Exploraciones de los límites*, Buenos Aires: FCE - Fondo de Cultura Económica.
- AUDRAN, Marie (2020), «De la bella durmiente cautiva a la Beya vengativa: el sueño como praxis somática de resistencia y liberación», en MONTES, A. - MORALES, M. C. (eds.), *Cuerpo y violencia. De la inermidad a la heterotopía*, Buenos Aires: Editorial Argus-a, 177-189.

- AVELAR, Idelber (2000), *Alegorías de la derrota. La ficción postdictatorial y el trabajo del duelo*, Providencia: Cuarto Propio.
- CÁNOVAS, Rodrigo (2019), *Escenas autobiográficas chilenas*, Santiago: Ediciones Universidad Católica de Chile.
- COBAS CARRAL, Andrea (2012), «Volver a la casa de los conejos», en SILVA, G. (coord.), *Literatura y representación en América Latina. Diez ensayos críticos*, Buenos Aires: NJ editor, 95-104.
- DI NUCCI, Sergio (2006), «La otra orilla», *Página 12* (12 de febrero de 2006), sin numeración.
- FOUCAULT, Michel (2017), *La verdad y las formas jurídicas*, traducción de Enrique Lynch, Barcelona: Gedisa.
- FOUCAULT, Michel (2001), «Entretien avec Michel Foucault», en *Dits et écrits*, Paris: Gallimard, 140-160.
- FOUCAULT, Michel (2006), *Seguridad, territorio, población. Curso en el Collège de France (1977-1978)*, traducción de Horacio Pons, Buenos Aires: Fondo de Cultura económica.
- FOUCAULT, Michel (2012), *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*, traducción de Aurelio Garzón del Camino, Madrid: Siglo XXI.
- FOUCAULT, Michel (2019), *Historia de la sexualidad II. El uso de los placeres*, edición de Julia Varela y Fernando Álvarez-Uría, traducción de Martí Soler, Madrid: Siglo XXI.
- HAN, Byung-Chul (2020), *La expulsión de lo distinto. Percepción y comunicación en la sociedad actual*, Barcelona: Herder.
- HERNÁNDEZ MARTÍNEZ, Cuauhtémoc Nattahí (2012), «Foucault. Las relaciones entre el poder y la vida», en FERNÁNDEZ AGIS, D. – SIERRA GONZÁLEZ, Á. (eds.), *La biopolítica en el mundo actual. Reflexiones sobre el efecto Foucault*, Barcelona: Laertes, 65-88.
- HOPENHAYN, Silvia (2018), *Ginebra*, Buenos Aires: Alfaguara – Penguin Random House.
- LOGIE, Ilse (2013), «A la búsqueda de un lugar de enunciación apropiado: la década de los setenta argentinos en *Historia del llanto*, de Alan Pauls», en DE VIVANCO ROCA REY, L. (ed.), *Memorias en tinta. Ensayos sobre la representación de la violencia política en Argentina, Chile y Perú*, Santiago de Chile: Ediciones Universidad Alberto Hurtado, 163-180.
- LOGIE, Ilse – WILLEM, Bieke (2015), «Narrativa de la posmemoria en Argentina y Chile: la casa revisitada», *Alternativas* 5, sin numeración.
- LORENZINI, Daniele (2012), «Mostrar una vida. Foucault y la (bio)política de la visibilidad», en FERNÁNDEZ AGIS, D. – SIERRA GONZÁLEZ, Á. (eds.), *La biopolítica en el mundo actual. Reflexiones sobre el efecto Foucault*, Barcelona: Laertes, 89-116.
- LUDMER, Josefina (2020) [2010], *Aquí América latina. Una especulación*, Buenos Aires: Eterna cadencia editora.
- MASIELLO, Francine (2001), *El arte de la transición*, Buenos Aires: Grupo Editorial Norma.
- NOGUEROL JIMÉNEZ, Francisca (2008), «Narrar sin fronteras», en MONTOYA JUÁREZ, J. – ESTEBAN, Á. (eds.), *Entre lo local y lo global. La narrativa latinoamericana en el cambio del siglo (1990-2006)*, Madrid: Iberoamericana-Vervuert, 19-33.
- PANIAGUA GARCÍA, José Antonio (2019), «Saldar la cuenta. Teorías, políticas y estrategias expresivas de la literatura latinoamericana en español (1973-2018)», *Catedral Tomada – Revista literaria latinoamericana* 7(13), I-XII [disponible en <<http://catedraltomada.pitt.edu/ojs/index.php/catedraltomada/article/view/439/400>>, 7/6/2022].

- PEDRAZA GÓMEZ, Zandra (2014), «Al otro lado del cuerpo: el dominio de la diferencia en América Latina», en CARDONA RODAS, H. Y PEDRAZA GÓMEZ, Z. (eds.), *Al otro lado del cuerpo. Estudios biopolíticos en América Latina*, Bogotá: Ediciones Uniandes, Laertes, 1-19.
- PREMAT, Julio (2018), «Los pasos en las huellas: la novela de memoria en Argentina», *Romanica Olomucensia* 30(1), 125-138.
- RANCIÈRE, Jacques (2005), *El viraje ético de la estética y la política*, traducción de María Emilia Tijoux, Santiago de Chile: Palinodia.
- ROCCA, Pablo (2015), «Dificultades de lo actual. Un panorama de la literatura uruguaya cercana», *Casa de las Américas* 281, octubre-diciembre 2015, 24-39.
- RODRÍGUEZ BATISTA, Ardiel (2012), «Hacia una perspectiva biopolítica de la terapia psicológica», en FERNÁNDEZ AGIS, D. – SIERRA GONZÁLEZ, Á. (eds.), *La biopolítica en el mundo actual. Reflexiones sobre el efecto Foucault*, Barcelona: Laertes, 117-136.
- RUDAS, Gabriel – CAMPO, Óscar Daniel (2017), «Formas de la memoria. Narrativa colombiana contemporánea», *ALEA*, Río de Janeiro 19(2), mayo-agosto, 255-274.
- SARLO, Beatriz (2019), *Escritos sobre literatura argentina*, Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- SIBILIA, Paula (2013) [2005], *El hombre postorgánico. Cuerpo, subjetividad y tecnología digitales*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- SIERRA GONZÁLEZ, Ángela (2012), «Cuerpo y terror. ¿Una relación política?», en FERNÁNDEZ AGIS, D. – SIERRA GONZÁLEZ, Á. (eds.), *La biopolítica en el mundo actual. Reflexiones sobre el efecto Foucault*, Barcelona: Laertes, 11-40.
- SOSNOWSKI, Saúl (2019), «El vacío y la letra», en NEMRAVA D. – LOCANE, J.J. (eds.) *Experiencias límites en la ficción latinoamericana*, Madrid: Iberoamericana – Vervuert, 307-315.

